

PATRIA Y GUERRA EN EL MUNDO GRIEGO ANTIGUO

Carlos GARCÍA GUAL¹

COMO el título y el tema propuestos me resultan demasiado extensos para una exposición sistemática, so pena de reducirme a repetir unas cuantas generalidades, me ha parecido mejor dedicar esta charla al comentario de *tres* imágenes esenciales, a mi parecer, para evocar la función del guerrero en la sociedad helénica y el sentimiento de la defensa de la patria como razón de las guerras. Para ello enfocaré tres escenarios bélicos y tres famosos episodios, distantes entre sí y de una inolvidable resonancia épica o histórica: El asedio de Troya, la guerra del Peloponeso, y el fin del avance victorioso de Alejandro Magno en los confines del norte de la India. Y voy a partir de textos literarios muy conocidos para sugerir cómo se nos presenta en ellos la imagen del destino del guerrero en relación con el amor a la patria y cómo evolucionó históricamente el sentir griego sobre este tema, a la vez que fueron cambiando las técnicas y tácticas del combate armado, desde los héroes homéricos a los hoplitas ciudadanos de la época clásica y luego hasta los audaces conquistadores del imperio persa, en lo que fue la mayor aventura de los macedonios y griegos. Pero no quisiera demorarme en analizar las diversas tácticas y técnicas bélicas, sino que prefiero centrar estas reflexiones en la relación que existe entre el guerrero y su nación o ciudad, y los sentimientos patrios de fondo, en tres momentos muy distintos de la historia antigua.

¹ Catedrático de Filología Griega en la facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid.

«...*Es hermoso morir por la patria...*», dice un verso emblemático del poeta espartano Tirteo (s.VII a.C. Frg. 6-7 D) que expresa en forma lapidaria un sentir que ya apunta en textos de Homero. Pero la defensa de la patria se reafirma en el ideario democrático ateniense. La mejor expresión de esos ideales nos llega en el discurso por los caídos que el historiador Tucídides pone en boca de Pericles al concluir el primer otoño de la guerra del Peloponeso, en el año 429 a.C. Un siglo más tarde, en 325, los veteranos del ejército de Alejandro, tras años de peregrinar victoriosos por las ásperas y selváticas tierras asiáticas, reivindican su nostalgia de la patria al negarse a continuar la marcha hacia oriente en pos de su gran rey, en las orillas del lejano Híffasis, el afluente más oriental del Indo.

1. *El trágico destino del guerrero. Despedida de Héctor y Andrómaca*

La Ilíada, compuesta hacia mediados del siglo VIII a.C., es la primera gran epopeya de la literatura europea. Con ella comienza una larga tradición literaria en la que la evocación de las grandes guerras del pasado es un tema recurrente. Es una obra épica, con un evidente argumento mítico, pero también con un cierto trasfondo histórico, como hoy sabemos bien. El asedio y la destrucción de la ciudad de Ilion, o Troya, por un ejército aqueo han sido magnificados por una espléndida tradición poética, en sus orígenes oral, que nos presenta a héroes magníficos y dioses celestes empeñados en ella. Pero la Troya que destruyeron los aqueos acaudillados por un rey micénico hacia el 1200 a.C. se corresponde seguramente con las ruinas de una ciudad que las excavaciones de H. Schliemann nos han descubierto: la Troya VI^a de la colina de Hissarlik, cercana al Bósforo. En esa colina, ahora turca, están los restos de nueve Troyas superpuestas a lo largo de los siglos, y la homérica es muy probablemente la VI^a (se cuentan desde abajo). Las excavaciones en esa zona han proseguido y todavía hoy, bajo la dirección de M. Korfmann, ofrecen nuevos datos importantes, como señala Latacz en su libro recién traducido.

La Ilíada nos ofrece, en forma poética, las primeras imágenes de la guerra antigua. En esa imagen se combinan rasgos de varios siglos.² El poeta no es

² Es bien sabido ahora que en la imagen homérica de la guerra se combinan rasgos de diversas épocas, desde el siglo XII, donde se sitúa la guerra y el largo asedio de Troya, hasta el siglo VIII a.C., la época del poeta. Una larga tradición de poesía oral provee al poeta de una serie de datos, pero a la vez él los ha ido combinando con otros más recientes. Gracias a la arqueología y, en especial, por la lectura de la tablillas micénicas, sabemos más de lo que sabía Homero sobre los reinos micénicos. Sabemos que eran muy diferentes a las ciudades de la época arcaica, con sus grandes palacios y su organización cortesana, y que sus modos de combatir eran más parecidos a los de algunas monarquías orientales. Un ejemplo muy interesante de ese contraste está en las varias

un historiador ni un arqueólogo, pero nos ilustra no sólo acerca del modo de combatir, sino también sobre la mentalidad de la época y el sentir de los guerreros en torno a sus propias acciones y motivos. Es, ciertamente, un relato épico que apunta su foco luminoso hacia las hazañas de los héroes, semidioses magnánimos de trágico destino. Pero es, a la vez, una poesía de gran humanidad, atenta no sólo al aspecto externo de los combates, sino también a los sufrimientos de los atacantes y los asediados. Y no distingue con moral maniquea entre unos y otros; ve tan humanos y nobles a los griegos como a los troyanos. Incluso los héroes menores, «los pequeños combatientes», y los viejos y las mujeres de Troya atraen la mirada compasiva del poeta. Ahí se demuestra la magnánima comprensión del genial Homero, que aún no conoce la distinción clásica de griegos frente a bárbaros.

El mito y la historia se entrecruzan en este relato del asedio de Troya. Homero, como es bien sabido, no cuenta toda la guerra de diez años, sino tan sólo unos pocos días del décimo año, una etapa crucial para el destino de la ciudad. El poema comienza con la cólera de Aquiles y se cierra con los funerales del troyano Héctor, el mejor hijo del viejo rey Príamo (el final de la guerra de Troya está relatado, curiosamente, en el otro poema homérico, en *La Odisea*). Aunque Aquiles sea el protagonista, *La Ilíada* no es una Aquileida, sino que se abre a una visión amplia del largo conflicto bélico —y en el *Catálogo de las Naves* evoca el gran contingente aqueo, con más de mil naves y cien mil hombres— y el trágico final de la ciudad, que será destruida y arrasada. Una gran parte de la extensa narración— cerca de dieciséis mil hexámetros— está dedicada a las variadas descripciones de combates, y muy numerosas y sangrientas muertes (unos trescientos héroes menores —a veces son llamados los «pequeños combatientes»— son recordados por sus nombres y algunos datos propios en el momento de enfrentarse a la muerte).

La guerra homérica está vista como una contienda heroica en la que se destacan las proezas individuales de los magnánimos guerreros de bronceas corazas y cascos que se precipitan a la sangrienta pelea cuerpo a

referencias de *La Ilíada* al uso de carros de guerra. Homero alude con mucha frecuencia al uso de esos carros, pero no sabe cómo se empleaban en los combates. En su poema son vehículos que transportan a los grandes héroes, pero éstos combaten siempre a pie, en duelos singulares. Los carros de guerra, sin embargo, fueron muy utilizados en las tácticas bélicas en época anterior, como vemos por imágenes egipcias, asirias, etc., y lo fueron seguramente en tiempos micénicos. De hecho, las tablillas nos dan noticias sobre inventarios de carros en los palacios minoicos y micénicos. Pero ya no se usaban en la época de Homero. Los carros de guerra pertenecen a una etapa muy antigua y suelen estar ligados a un gran dominio regio, donde el rey detenta su uso y es él quien los distribuye entre sus mejores guerreros. Véanse, al respecto, VERNANT, J. P. (ed.): *Problemes de la guerre en Grece ancienne*. París, 1968, y LATAZ, J.: *Troya y Homero*. Destino, Barcelona, 2003.

cuerpo y a pie firme con sus lanzas arrojadas y grandes escudos, y luego, si les faltan las lanzas, se abren camino con sus agudas espadas. El poema enfoca casi siempre esos duelos singulares y deja en sombra los choques tumultuosos de las tropas. Indudablemente, ésta es una perspectiva épica que tiende a privilegiar los audaces triunfos de los grandes caudillos, ansiosos de gloria, y deja en sombra los movimientos de las masas anónimas de los soldados, con sus picas y sus arcos. Son los avances mortíferos de los héroes los que deciden la batalla. Los caudillos bélicos son siempre reyes y señores de vastos dominios y, en razón de su poder político, a ellos compete en primer lugar el glorioso oficio de mostrar su coraje en la batalla, en guerras que se hacen en busca de gloria y de botín, de fama y de riquezas a la vez (en términos griegos, «timé» y «kléos»).

Todo rey y todo noble deben mostrar su valor en la vanguardia y, ante todo, arrostrar el peligro y enfrentarse a la muerte en batalla. El coraje guerrero es un rasgo que se exige al gobernante arcaico. Y así corresponde el gran guerrero a las honras que le dispensa su pueblo, guiándolo en el combate y luchando en primera fila con audacia ejemplar. Luchar en la vanguardia afrontando la muerte es así el deber guerrero de los reyes y príncipes de *La Ilíada*. Con magnífica claridad lo expone Glauco en el canto XII de *La Ilíada*.

Los reyes y caudillos aqueos que, a las órdenes de Agamenón, rey de Micenas, han acudido a conquistar Troya, vienen, según el mito, a vengar una afrenta de honor: a castigar el rapto de Helena por Paris, el príncipe troyano. Es probable que la expedición de los micénicos contra Troya tuviera motivos más económicos, como bien pudo ser el afán de apoderarse de una ciudad que controlaba el paso del Bósforo al mar Negro, y que era muy rica en caballos y metales preciosos, y ofrecía a los micénicos seguras promesas de saqueo y espléndido botín. Sería, por lo tanto, una empresa más de saqueo y conquista, quizás de proporciones extraordinarias al reunir bajo un solo mando tan numerosas naves y variadas tropas.

Pero no quisiera ahora enfocar el coraje y la codicia de los aqueos, sino destacar el perfil de otra figura heroica: la de Héctor, el defensor de Troya. He aquí un héroe que no lucha por afán de gloria ni botín, sino que arrostra el peligro de muerte, aun con sospechas de que no escapará de ella, por asumir un deber, la defensa de la patria y mantener su honor ante sus conciudadanos, con ese sentido de la vergüenza, o «aidós», un rasgo esencial que caracteriza al héroe y a toda esta época de la cultura griega. Importa destacar que, mientras que otros guerreros luchan por la gloria y el botín, Héctor insiste en el cumplimiento de un deber hacia la ciudad, el amor a la patria. Por ese rasgo nos parece un héroe más moderno que los impulsivos

atacantes, mucho más que el fiero Aquiles, desde luego, tan egoísta como cruel en sus arrebatos.

Héctor es, probablemente, no una figura mítica muy antigua, sino una creación del propio Homero. Así parece indicarlo su nombre y su talante tan humano. En *La Ilíada* comparte primeros planos con Aquiles, con el que contrasta en más de un aspecto. La epopeya que cuenta las causas y efectos de la cólera del hijo del tesalio Peleo y la diosa Tetis es, a la vez, «la tragedia de Héctor», hermano de Paris e hijo de Príamo, el más noble defensor de Troya.

Donde de manera más clara se expresa esa grandeza de ánimo y ese valor cívico de Héctor es en el famoso coloquio con su mujer Andrómaca, junto a las puertas de la ciudad asediada. Su esposa le recuerda que él es ya su único amparo y le suplica entre lágrimas, por ella y su hijo, que no se lance a morir en el feroz combate (Cf. VI, 407 y ss.):

«... ¡ Desdichado! Tu furia te perderá. Ni siquiera te apiadas de tu tierno niño ni de mí, infortunada, que pronto viuda de ti quedaré. Pues pronto te matarán los aqueos atacándote todos a la vez. Y para mí mejor sería, si te pierdo, sumergirme bajo tierra. Pues ya no tendré otro consuelo, cuando cumplas tu hado, sino sólo sufrimientos... ».

Andrómaca ha perdido a todos sus parientes, muertos ya a manos del feroz Aquiles, y suplica, con amor intenso (VI. 429-32):

«... ¡Oh Héctor! Tú eres para mí mi padre y mi augusta madre, y también mi hermano, y tú eres mi lozano esposo. Ea, compadécete ahora y quédate aquí, sobre la torre... ».

La respuesta de Héctor revela el valeroso talante del guerrero:

«... También a mí me preocupa todo eso, mujer; pero tremenda vergüenza me dan los troyanos y las troyanas de rozagantes peplos, si como un cobarde trato de escabullirme lejos del combate. También me lo impide el ánimo, pues aprendí a ser valiente en todo momento y a luchar entre los primeros troyanos, tratando de ganar gran gloria para mi padre y para mí mismo. Bien sé yo esto en mi mente y en mi ánimo: habrá un día en que seguramente perezca la sacra Ilio, y Príamo y la hueste de Príamo, el de buena lanza de fresno. Mas no me importa tanto el futuro dolor de los troyanos ni el de la propia Hécuba ni el del soberano Príamo ni el de mis hermanos que, muchos y valerosos, puede que caigan en el polvo bajo los enemigos,

*como el tuyo, cuando uno de los aqueos de bronceas túnicas
te lleve envuelta en lágrimas y te prive del día de la libertad...
y alguna vez quizá alguien diga al verte derramar lágrimas:
«Esta es la mujer de Héctor, el que destacaba en la lucha sobre
los troyanos domadores de caballos, cuando se batían por Ilio».
Así dirá alguien alguna vez, y tú sentirás un renovado dolor
por la falta del marido que te proteja del día de la esclavitud.
Mas ojalá que un montón de tierra me oculte, ya muerto,
antes de oír tu grito y ver cómo te arrastran...» (VI, 440-465)*

Por encima del amor a su esposa y a su hijo está para Héctor el deber de luchar por la patria, y por él va a sacrificar su vida. Con inmenso dolor, el príncipe troyano se despide de esposa e hijo. Citaré unas líneas de J. M. Redfield (o.c., p. 226):

«...En la conversación entre Héctor y Andrómaca, el poeta dramatiza los males del papel del guerrero, del hombre que en nombre de su familia debe abandonarla, para evitar que su defensa de la familia se convierta en una traición. La comunidad sólo puede defenderse con la pérdida de algunos de sus miembros: el guerrero, cuando va a la guerra, queda inmerso en la colectividad. Existe, pues, una tensión entre las obligaciones con la familia y las que se deben a la ciudad, para defender a las cuales el guerrero debe dejar de lado sus especiales obligaciones con quienes verdaderamente son sus allegados. Héctor, vestido con su armadura, es una figura terrorífica y ajena para su propio hijo; si por un momento puede abandonar el traje de su función y jugar con el niño, luego debe ponerse el casco y regresar a su tarea...».

Toda la escena está envuelta en un halo trágico. La ternura de los esposos se despliega sobre un fondo de oscura fatalidad: Troya está condenada por el destino. Y por eso la decisión de Héctor, que sabe que su muerte no salvará a la ciudad ni a los suyos, nos conmueve más. De nuevo cito a Redfield:

«...Al despedirse, Héctor y Andrómaca hablan juntos sobre la muerte de Héctor. Andrómaca se refiere a su pérdida personal, Héctor habla de la caída de Troya. Héctor no tiene el privilegio de morir para que su comunidad sobreviva. Cuando muere, su comunidad perece con él. La caída de Troya (como la muerte de Aquiles) no forma parte del relato de La Ilíada; no obstante, sí es parte interesante de la fatalidad del poema. Sabemos que Troya caerá y este conocimiento forma parte, para nosotros, de la significación de la muerte de Héctor...» (o.c., p. 228).

He aquí un nuevo tipo de heroicidad, muy distinta del brutal coraje con que Aquiles o Diomedes se lanzan a la masacre de los enemigos. Héctor ha elegido ofrecer su vida en defensa de la patria porque sentiría vergüenza de

desproteger a sus conciudadanos. Con ese gesto afirma que la ciudad (polis) es para un hombre superior a su familia (oikos) y su singular felicidad. Mientras que el divino Aquiles se retira del combate enfurecido contra Agamenón, sin importarle entonces que su abandono cause la muerte de muchos de sus aliados, Héctor es un ejemplo de solidaridad en un momento de agonía de su polis.

Y aparece así como un mártir del nuevo ideal cívico, como un mítico precursor de combatientes futuros. Su muerte es ya la «bella muerte» (un tema bien glosado por J. P. Vernant) del joven patriota que cae luchando por su polis. Poetas posteriores, en el s. VII, como el espartano Tirteo y Calina de Efeso, componen himnos en que exhortan a los jóvenes a tomar las armas y, si es preciso, morir en defensa de la patria, y exaltan ese gesto en fervorosas elegías:

*«... Pues es hermoso morir si uno cae en la vanguardia
como guerrero valiente que por su patria pelea...»* (Tirteo).

Frente al fiero individualismo de los arcaicos héroes guerreros, en Héctor se anuncia un heroísmo de nuevo cuño que antepone a todo cumplir con el deber cívico, y sabe morir por su patria. Héctor es probablemente, como hemos apuntado, un héroe más moderno y más humano que los grandes paladines de la épica, con frecuencia hijos de dioses o diosas. Lo ha inventado, o, al menos lo ha elevado a un primer plano épico el genio personal de Homero. Es un héroe cuya humanidad nos conmueve. Nos queda mucho más próximo que esos otros grandes personajes épicos de abolengo divino, de coraje invencible, como Aquiles o Diomedes. Ciertamente que él es un príncipe troyano y que lucha por el trono real de su padre y por el honor de la familia, que le obliga a estar al frente de las tropas troyanas, con ese sentido del «honor» y la «vergüenza» del aristócrata antiguo, pero ya anuncia en su gesto final la valentía de los ciudadanos que, sin ser príncipes ni nobles señores de la guerra, acuden con conciencia solidaria a luchar y morir defendiendo su patria.

Como príncipe de Troya debe combatir en primera fila y dar ejemplo de esa ética del coraje guerrero que proclama Sarpedón a su compañero Glauco (Ilíada, XII 310-328):

*«... ¿Para qué, Glauco, nosotros dos recibimos más honra
con asientos de honor y con más trozos de carne y más copas
en Licia? ¿Para qué todos nos contemplan como a dioses
y administramos inmenso predio reservado a orillas del Janto,
fértil campo de frutales y feraz laberinto de trigo?
Por eso ahora debemos estar entre los primeros licios,
resistiendo a pie firme y encarnando la abrasadora lucha,*

*para que uno de los licios, de sólidas corazas, diga:
 « A fe que no sin gloria son caudillos en Licia
 nuestros reyes, y comen pingüe ganado
 y beben selecto vino, dulce como la miel. Pero su fuerza
 es valiosa, porque luchan entre los primeros licios.
 ¡Querido amigo! ¡Ojalá por sobrevivir a esta guerra fuéramos
 a ser para siempre incólumes a la vejez ya la muerte!
 ¡Tampoco yo entonces lucharía en primera fila
 ni te enviaría a la lucha, que otorga gloria a los hombres!
 Pero como, a pesar de todo, acechan las parcas de la muerte
 innumerables, que un mortal no puede escapar ni eludir,
 ¡vayamos! ¡A alguno prestaremos honor o él nos lo dará!... ».*

2. Los héroes de la democracia

Al pasar de la épica homérica a la perspectiva histórica sobre la guerra en la Grecia clásica, notamos una enorme variación en el panorama. La guerra, desde el siglo VII en adelante, ha dejado de ser un escenario de las proezas individuales de los héroes, y tampoco se concibe ya como un deporte aristocrático donde ganan gloria los campeones más diestros en el manejo de las armas.³ Con las nuevas tácticas hoplíticas ahora los combatientes, de infantería pesada, avanzan en largas filas cerradas y densas, con sus lanzas y escudos de bronce ensamblados en sus densos y firmes batallones. La batalla es un espantoso y estrepitoso choque sangriento de dos densas formaciones de guerreros, y en la lucha no caben escapadas ni correrías individuales al margen de la compacta trabazón de lanceros. Y esa táctica de choque frontal de los hoplitas es un claro símbolo de la solidari-

³ En la época arcaica y clásica (ss. VIII-IV a.C.) han desaparecido en Grecia las antiguas monarquías y el poder político estaba fragmentado entre las numerosas y autónomas polis, de diverso tamaño y poder, de territorios más bien pequeños y recursos limitados. Son esas ciudades-estado quienes se enfrentaban a menudo entre sí en frecuentes conflictos. La polis clásica, de régimen democrático o aristocrático, está con mucha frecuencia en guerra contra sus vecinas, pero las guerras, a pesar de su rudeza y ferocidad, tienen un alcance limitado, con períodos fijos de combate y treguas frecuentes. Destacaban por su magnitud y poder las ciudades de Atenas y Esparta, pero hubo otras también poderosas, como Tebas, Corinto, y Argos, por ejemplo. La potencia guerrera de los ciudadanos se había mostrado de manera ejemplar, contundente y heroica, en la defensa del territorio patrio, al derrotar a los ejércitos persas, muy superiores en número, en Maratón, en la primera guerra Médica (490 a.C.) y en Salamina y Platea (en la segunda, en 480). La guerra del Peloponeso, con el enfrentamiento de dos alianzas de ciudades, dirigidas respectivamente por Atenas y Esparta, fue el más largo y grave conflicto bélico de toda esa época, como subraya Tucídides.

dad de los ciudadanos, guerreros todos, al servicio de una ciudad unánime. Los ciudadanos de pleno derecho forman el ejército de cada polis y la política y la guerra se deciden entre las ciudades. La guerra es aquí en esencia una tarea política.

Como escribe Vernant, «...*El ejército es la asamblea popular en armas, la ciudad en campaña, como inversamente la ciudad es una comunidad de guerreros; los derechos políticos no pertenecen plenamente sino a aquéllos que pueden equiparse a su costa como hoplitas...*» (*Problèmes...*, 23).

Ser ciudadano significa asumir la función guerrera cuando la ciudad lo requiera, una contribución cívica de muy larga duración.

«...*En la Grecia clásica* —escribe Van Wees (Osborne, 99)— *la norma de los ejércitos consistía en reclutar a los ciudadanos, y ello durante un período de servicio casi tan largo como la vida (hasta los sesenta años). En consecuencia, prácticamente no había distinción entre civiles y soldados. Las fuerzas armadas se componían sobre todo de soldados no profesionales, dedicados a tiempo parcial; y, dentro de la comunidad, la condición social y política estaba estrechamente unida a la función militar...*».

Como apunta Y. Garlan, «...*Se es soldado en la medida en que se es ciudadano, y no a la inversa. El ejercicio de la fuerza armada constituía, no el origen, sino la expresión privilegiada de los diferentes aspectos de la cualidad de ciudadano. Así, el primer nivel venía determinado por la capacidad económica de los individuos para dotarse personalmente del armamento adecuado...*» (*Problèmes...*, 77).

Ciertamente los hoplitas, que debían costearse su armamento bronceo —casco, coraza, grebas, lanza y escudo— por sus propios medios, formaban el núcleo del ejército popular, del mismo modo que por su condición social eran los ciudadanos que ejercían todos los cargos relevantes en la polis (como el coste de esa armadura estaba, en la Atenas clásica, en torno a las cien dracmas, sólo la cuarta clase de ciudadanos, los *thetes*, quedaban habitualmente excluidos del cuerpo de hoplitas; no obstante, podían pelear como infantería ligera, peltastas, o como arqueros, o, en su gran mayoría, enrolarse a sueldo en la flota como remeros. Los más ricos podían combatir en la caballería, que hasta el siglo IV no fue importante. Remito a los ensayos de H. Van Wees y Detienne para más detalles).

La táctica hoplítica favorecía el sentimiento de solidaridad. En la falange el escudo del compañero protegía el flanco de su vecino y mantener la posición en fila era esencial para el avance ordenado. La batalla se resolvía en el gran choque frontal, en tumultuosa y densa embestida de los dos ejércitos. Hanson ha analizado bien la ferocidad y espantosa dureza de

esos encuentros de corta duración, de una tremenda mortandad para los combatientes de las primeras filas. Se estima que morían un 5 o 10 % del total de las tropas entre los vencedores y cerca de un 20 % de los vencidos. El gran choque dirimía el conflicto. Luego, en cuanto admitían la derrota y solicitaban treguas, los vencidos, podían recoger sus cadáveres y los vencedores alzar un monumento de triunfo en recuerdo de la victoria. Así se daba por concluida la batalla, y a menudo la guerra.

El coraje resultaba ahora de signo muy distinto al arrojo solitario y fulminante de aquellos héroes elogiados por «ligeros de pies», como se dice de Aquiles. Consistía en avanzar en filas prietas, al ritmo marcado y en orden, y golpear y resistir en formación estricta el embate enemigo junto a los camaradas en medio de la sangrienta pelea de infernal estrépito. «...*El valor de los hoplitas* —escribe Garlan, 81— *no era fruto de una disciplina propiamente militar, y, mucho menos, de una pasión guerrera que no deja sitio para el miedo (como lo prueba la prontitud en admitir la derrota). Con vistas sobre todo a garantizar la cohesión de la falange, el valor se basaba en una solidaridad bien entendida; consistía en no abandonar a los compañeros de combate y, por lo tanto, en permanecer firmes en su puesto. Este sentimiento se inculcaba permanente a los homoioi espartanos a través de toda la organización comunitaria de su vida cotidiana...*». De ahí la infamia que acarreaba el arrojar el escudo, como recuerdan algunas anécdotas antiguas (cf. Aristodomos en Platea, Hdto. X, 71).

Desde el punto de vista de la ética el contraste es radical. La areté guerrera ya no exige el furor exaltado del héroe, el menos, sino la disciplina y el ánimo para marchar en la fila junto a los camaradas.

«...*Al combate del individuo poseído de una locura furiosa, la falange opone una acción colectiva: el combate no es ya la obra de un guerrero dotado de cualidades excepcionales; la batalla la libra un grupo de hombres sometidos a una misma disciplina. Mantener su lugar en la formación, lanzarse a paso unánime contra el enemigo, combatir escudo contra escudo, ejecutar todas las maniobras como un solo hombre, he ahí una serie de actividades que resume una noción capital: táxis. Entre el sentido técnico de posición ocupada por el hoplita y los valores éticos del dominio de sí, de disciplina y de orden, no hay ningún hiato. En el plano de las conductas, el cambio es pues radical: la sophrosyne, el «dominio de sí», reemplaza esa ebriedad, ese descontrol que hacía del guerrero un poseído de Lyssa (la locura)...» (Detienne, p. 161).*

Ese cambio en la táctica guerrera expresa bien una profunda transformación de la sociedad y de la mentalidad colectiva. De nuevo citaré a J. P. Vernant (en su introducción a *Problèmes*, p. 25):

«...Si es impresionante el contraste entre el mosaico de duelos que libran en Homero los combatientes de los carros, campeones de los dos ejércitos, y la disciplina colectiva que preside el combate de los hoplitas es porque la reforma militar no puede separarse de todas las innovaciones que aporta la Ciudad en el plano social, político y mental. Se puede hablar aquí de un corte que inaugura un sistema distinto de vida colectiva al mismo tiempo que una configuración nueva de la guerra. Al extender al conjunto de los pequeños propietarios campesinos, que forman la comunidad cívica, los privilegios militares de la aristocracia, la Ciudad absorbe la función guerrera: integra en su propio universo ese mundo de la guerra que la leyenda heroica exaltaba separándolo de la vida ordinaria. Las actividades guerreras pierden entonces sus trazos específicos, funcionales. El personaje del guerrero, como tipo humano, desaparece. O, más precisamente, viene a confundirse con el del ciudadano, que hereda su prestigio, y confisca trasmutándolos ciertos valores que el guerrero encarnaba, pero rechaza todo el lado inquietante del personaje, su aspecto de hybris (desmesura) que subrayan, junto a otros, los mitos de guerreros estudiados por FVian: delirio e insolencia del hombre que, dedicándose por entero a la guerra, no queriendo conocer más que la guerra, se coloca a sí mismo fuera de la sociedad...»

Frente a la gloria individual que el héroe adquiere por sus extraordinarias hazañas, ahora al hoplita ciudadano le cabe una posición de la gloria colectiva. Si Homero, como buen poeta épico, ensalzaba el nombre de cada uno de los combatientes, de los que vencen y de los que caen, para memoria gloriosa de ellos y sus nobles familias, de acuerdo con la mentalidad aristocrática, ahora los elogios fúnebres y los monumentos cívicos evitarán los nombres propios, al dejar memoria de las hazañas bélicas de todo el pueblo. Así Esquilo, cuando en *Los Persas* evoca la gran victoria de Salamina no cita por su nombre a ningún griego, aunque sí los de numerosos caudillos persas que murieron en su tremenda derrota.

El hoplita hereda, de algún modo, el prestigio heroico del aristócrata épico. Pero su gloria está unida a la de sus camaradas y su comunidad cívica. *«...Tipo de hombre por entero nuevo, el hoplita no parece sin embargo radicalmente separado de toda una tradición aristocrática y guerrera... La guerra de los hoplitas se presenta como el conflicto de dos potencias que son en principio dos fuerzas políticas: cada una quiere imponer su kratos. A la guerra de saqueos de la edad heroica, al combate entre campeones que exalta la epepeya, se opone el enfrentamiento de dos grupos sociales, de dos ciudades antagonistas. Si los modos de combatir son tan diferentes como los dos tipos de comportamiento realizados, las leyes de la guerra*

hoplítica prolongan sin embargo muy claramente ciertos trazos de una ética caballeresca, de una moral aristocrática, particular del guerrero arcaico. El choque de las falanges está sometido a reglas, tiene sus aspectos lúdicos: es un agón, a la vez competición y combate, prueba y juego. Convenciones de los adversarios, elección de un «campo cerrado», elección de un trofeo, esas son algunas de las reglas esenciales del juego guerrero...» (Detienne, 163).

Y Detienne subraya acertadamente también otro aspecto, que tiene mucha relación con el anterior: es una gloria comunitaria y no individual la que estos combatientes cívicos recogen en premio a su virtud, por ese valor que llega al sacrificio de la vida por la patria.

«...La gloria individual recompensaba normalmente la hazaña de un campeón. En la medida en que condena el acto de bravura de uno solo, la ciudad niega ese sistema de valores. Combatir en su sitio, sostener valientemente su puesto en la falange, eso es ahora, según la expresión de Tirteo, «un bien común para la polis y para el demos por entero». En la Atenas del siglo V, el elogio es pronunciado por un representante de la ciudad, ante diez ataúdes de ciprés, uno por tribu. Elogio y funerales son colectivos. En esos diez féretros, el cuerpo social, representado al completo, reconoce su propia imagen: cuando pronuncia el elogio de los hoplitas caídos en combate, es su propia gloria la que la ciudad celebra, la única que ella tolera...» (p.169).

La alusión al discurso fúnebre de Pericles por los atenienses caídos en el primer año de la guerra del Peloponeso invita a recordar el texto de Tucídides. Ese discurso es, sin duda, el más famoso epitafio para esos virtuosos guerreros, y el más elegante también, pues empieza recordando qué magnífica patria fue Atenas, la ciudad de la democracia y la libertad, donde abundaban las fiestas colectivas y se desarrollaban todos los aspectos creativos del individuo, fuese cual fuese su condición económica, arropado por una comunidad igualitaria y amistosa que cultiva el saber sin relajamiento y ama la belleza sin despilfarros. Fue la ciudad que erigió los espléndidos templos de la Acrópolis y que en su clima de libertad y fervor espiritual albergó un espléndido teatro de ámbito popular —de tragedias y comedias—, y permitió el desarrollo de la filosofía —de sofistas y filósofos—, y cultivó el derecho y la justicia, y sostuvo, a la par, un imperio marítimo e ideales democráticos. Y todo eso gracias a que sus ciudadanos estaban prontos a sostener con sus armas ese progreso cultural. Por una ciudad así bien vale la pena arriesgar la vida.

La guerra es, en la concepción de Pericles, un riesgo que debe afrontar cualquier estado para mantener su poder y vivir en una paz digna y honrosa.

Los ciudadanos que han muerto por esa gran Atenas han demostrado su valor al defender esos ideales. Las palabras puestas en boca del gran estadista revelan el pensamiento del historiador, pero encajan bien con la figura del gran timonel de la democracia ática. Como dejó escrito W. Jaeger (*Paideia*, México, 1962, p. 366), «...*Esta oración fúnebre es, más que cualquier otra de Tucídides, una libre creación del historiador. Ha sido interpretada como la oración fúnebre de Tucídides por la gloriosa Atenas antigua. Ello es perfectamente justo porque precisamente la muerte tiene el poder de manifestar en su pura apariencia la idea de lo desaparecido. En las oraciones fúnebres tradicionales de Atenas a los héroes caídos, era costumbre ofrecer una brillante semblanza de su valor. Tucídides prescinde de esto y traza un cuadro ideal del Estado ateniense en su totalidad. Sólo podía ponerlo en boca de Pericles, puesto que éste era el único hombre de estado de altura suficiente para alcanzar a conocer el espíritu y el genio de aquel Estado... Llevaba en sí un ideal del Estado y del hombre, cuya realización daba un sentido a la lucha. Ninguna reproducción puede rivalizar con la maestría con la que Tucídides resuelve la difícil tarea. Prescinde de todas las trivialidades de la elocuencia habitual y nos ofrece, en su grandiosa sobriedad, la imagen del Estado ateniense con toda la energía de su política imperial y con la indescriptible plenitud de su espiritualidad y su vida...».*

En contraste con Esparta, una ciudad militarizada y una sociedad cerrada y consagrada a la guerra, austera y enemiga de todo lo nuevo, con sus guerreros profesionales, los atenienses saben gozar cada día de una convivencia libre y solidaria, en una ciudad democrática, que cultiva las artes y la búsqueda del saber, un ejemplo para Grecia, y no se arredran cuando tienen que defender armas en mano su país. No necesitan un ejército profesional, pues ni siquiera los estrategas son, en Atenas, técnicos ni grandes expertos en materias bélicas, sino hombres de reconocido valor e inteligencia. No requieren una especial preparación para la guerra, dice Pericles, pero debemos recordar que en esa ciudad son muchos los que se ejercitan en los gimnasios desde jóvenes y cuidan de sus cuerpos con notable fervor.

La oración fúnebre es un panegírico realista de esa ciudad democrática que sabe conservar solidaria la libertad y la cultura, y un claro poderío imperial sin someterse por temor a las presiones ajenas. Los caídos son los gloriosos mártires de esa democracia.

Ese cuadro de «la noble sencillez y serena grandeza» de Atenas tiene, sin embargo, cierto tono crepuscular, como ya dijimos. Muy pronto este panorama político va a cambiar a causa de las guerras. Atenas será derrotada, primero al final de la guerra del Peloponeso y, unos decenios después, por las tropas de Filipo II de Macedonia, en Queronea (336 a.C.). Y ese

modelo de guerra en que la batalla era un choque sencillo y frontal entre dos formaciones de hoplitas cívicos quedará desfasado. En el mundo helenístico las guerras las llevarán a cabo ejércitos profesionales, con tácticas mucho más complejas, y a las ciudades, ya muy poco autónomas, no podrán defenderlas ante esas tropas dirigidas por violentos caudillos sus ciudadanos. Después de la revolución política y militar que es consecuencia de la actuación histórica de Alejandro van a ser los reyes helenísticos quienes dominarán, inquietos caudillos de imponentes ejércitos, el panorama geopolítico, y los ejércitos profesionales, en una gran medida mercenarios, los que impondrán, por derecho de conquista, las leyes de los más fuertes.

3. *La nostalgia de la patria lejana*

Con su poderoso ejército, sus amplios recursos económicos y su astucia maquiavélica, Filipo II de Macedonia logró imponer su hegemonía política en toda Grecia desde mediados del siglo IV a.C. Las ciudades que se opusieron a su empeño fueron derrotadas en la batalla de Queronea, en 338. Las tropas reunidas por Filipo en esa ocasión sumaban unos treinta mil soldados de infantería y dos mil de caballería, un contingente más imponente que el de todos los griegos coligados en contra. La famosa falange macedonia, con sus largas lanzas, de casi cinco metros, su rigurosa disciplina, y su mayor movilidad, perfeccionaba las tácticas hoplíticas. Este ejército profesional, que contaba con el apoyo de una fuerte caballería y buenos arqueros, lo heredaría, junto con el trono macedónico y su influencia sobre toda Grecia, su hijo Alejandro, que con su genio militar y su ambición llevará a cabo una gigantesca hazaña, en la que acaso ya soñara su padre: la conquista del imperio persa.

La historia de la asombrosa marcha y las victoriosas batallas de Alejandro por las tierras de Asia y el próximo oriente es muy bien conocida y está bien contada en muchos libros (véanse los cuatro o cinco citados en la nota bibliográfica). No la repetiré aquí. Pero sí conviene subrayar algo evidente: el ejército de Alejandro era muy superior y mucho más profesional y mejor articulado que cualquier otro ejército griego anterior. Como señala Hammond, «...*el hecho más destacable del ejército europeo que Alejandro había heredado de su padre y que condujo a Asia era su compleja naturaleza y la especialización de cada una de sus partes. Alejandro tuvo a su disposición casi todas las variedades conocidas de caballería e infantería, pesada o ligera, regular o irregular, así como especialistas en poliorcética, artillería, construcción de carreteras, construcción de puentes, cartografía, y un largo*

etcétera. Cada unidad era la mejor de su clase, equipada convenientemente y altamente instruida. La flota, aunque relativamente pequeña, también la aportaban los principales estados navales de Grecia, entre ellos Atenas, y la reputación de las trirremes griegas y de los marinos griegos era la mayor de todo el Mediterráneo...».

Fue ese carácter profesional y especializado del ejército, bajo el genio estratégico y la audacia de Alejandro, lo que permitió la victoria sobre los contingentes persas muy superiores en número. Las tropas con las que Alejandro pasó a Asia sumaban sólo unos cuarenta mil hombres, contra fuerzas persas mucho más numerosas. A medida que avanzaba en su marcha sobre territorios asiáticos, de victoria en victoria, el ejército de Alejandro fue renovándose con otros contingentes de tropas, venidas de Grecia o procedentes de levadas locales. Cuando Alejandro se proclamó sucesor de Darío pudo enrolar a numerosos persas en su ejército. De modo que en él había macedonios —los fieles veteranos y otros llegados después—, griegos de las ciudades aliadas, mercenarios de orígenes diversos, persas y gentes de las regiones conquistadas. Pero sobre ese abigarrado tropel de combatientes Alejandro impuso una disciplina firme y una hábil organización para realizar sus grandes marchas.

Como apunté, no voy a detenerme en la asombrosa conquista del enorme imperio persa, llevada a cabo en unos pocos años por el genial macedonio, sino en un episodio muy singular en el extremo de su avance hacia oriente: la negativa de los veteranos macedonios a proseguir la conquista de Asia más allá del Indo. Fue en 325 cuando Alejandro, que había derrotado al gran rey Poro en una feroz batalla junto al río Hidaspes, al pie del Himalaya, y luego había tomado la fortaleza de Sangala (donde los macedonios mataron a diecisiete mil indios y capturaron a setenta mil, sufriendo sólo cien muertos y mil doscientos heridos), se empeñaba en proseguir su marcha hacia el Ganges, hacia el extremo de la India y el borde del océano.

Pero los soldados macedonios dejaron ver con su actitud, y luego a través del estratega Ceno, acreditado por su valor y lealtad que expuso en la reunión de los jefes sus razones, su negativa a proseguir más allá. Deseaban volver a su patria, cansados de tantos combates y de una aventura desmesurada con horizontes infinitos.

La escena, que recogen con varios matices los historiadores, la resume bien Hammond (p. 306): *«...Alejandro estaba decidido a seguir, sin duda con la idea de que más allá del Ganges llegaría pronto al océano: dejó clara su determinación y disolvió la reunión. Al día siguiente volvió a convocarla. Esta vez dijo que quien quisiera podía dejar a su rey y volver a*

casa, pero que él seguiría, porque habría quienes quisieran seguir voluntariamente a su rey. Estas palabras las dijo profundamente disgustado, y todos creyeron entender que los asiáticos seguirían con gusto a Alejandro como rey de Asia. Alejandro se encerró en su tienda durante tres días. Sabía que sus palabras llegarían al corazón de los macedonios y pensaba que podría hacerles cambiar de idea. Pero no, había un silencio absoluto en el campamento. Al cuarto día, Alejandro hizo un sacrificio, lo que era habitual antes de cruzar un río. Los presagios resultaron desfavorables. Llamando a su lado a los principales de sus compañeros y a sus más íntimos amigos, hizo saber al ejército que había tomado la decisión de regresar. El anuncio fue recibido con gritos de alegría y lágrimas de alivio...».

En el plante influyeron mucho el cansancio y la desesperanza de los soldados, agobiados por las penosas marchas a través de selvas, ríos y abruptas montañas, y por las pertinaces lluvias monzónicas, cansados por los muchos años de campañas y combates. «...Desde luego, Alejandro esperaba que sus macedonios afrontasen riesgos y fatigas casi sobrehumanas, y fue su respuesta ante estos retos la que les hizo grandes. Pero se les exigió que corriesen peligros y realizaran heroicas tareas en nombre de una política que no era macedonia en un sentido estrictamente nacionalista, que nunca llegaron a entender por completo y nunca ejecutaron de grado...» (Hammond, p. 355).

Los macedonios habían mostrado una lealtad militar a toda prueba y seguramente idolatraban a Alejandro, pero la nostalgia de la patria lejana y el desconcierto podían más que cualquier fantasía y cualquier espejismo oriental. «...Desde su partida de Macedonia, sus soldados habían dejado atrás, en ocho años y medio, un total de dieciocho mil kilómetros, marcha gigantesca que supera considerablemente a la del ejército de Napoleón, e incluso a la de la infantería de la segunda guerra mundial. Pero en el Hífnis, la lluvia tropical de setenta días de duración, el clima húmedo y caluroso, inhabitual para los europeos, y el temor paralizante para los macedonios de ser conducidos a una lejanía infinita llevaron al ejército a una depresión insuperable. Ante ella se rindió Alejandro por primera y única vez en su vida. Renunció a su objetivo de alcanzar el Ganges y el océano oriental y regresó...» (H.Bengtson, *Historia de Grecia*, Madrid, 1986, p. 261).

Se calcula que el ejército de Alejandro debía contar, en ese avance por el norte de la India, con unos ciento veinte mil hombres. Los macedonios eran sólo más o menos un sexto de esa vasta tropa. Pero esos veteranos eran el nervio central del ejército y, pese a sus críticas y sus reparos ante la incorporación de tantos soldados asiáticos y los gestos demasiado orientales del

propio Alejandro, quien, después de todas sus amenazas de proseguir su avance sin ellos, tuvo que reconocer que le eran imprescindibles y resignarse a emprender el regreso. Es decir, marchar hacia el sur, a lo largo del Indo, con una flota improvisada de mil ochocientas embarcaciones, para torcer luego hacia el oeste y, tras penosa y larga marcha, llegar al centro de su vasto imperio, en Babilonia.

Pero recordemos, en sus líneas esenciales, el discurso de Alejandro a sus macedonios, tal como nos lo refiere Arriano (como suele suceder con los discursos de los historiadores antiguos, está claro que no tenemos aquí una transcripción literal de lo que dijo el magnánimo conquistador a sus tropas, sino una reconstrucción de lo que debió decir. Arriano toma sus noticias de otros cronistas más próximos a la época de Alejandro. La versión de esta arenga que ofrece Quinto Curcio - IX, 2, coincide en los puntos esenciales con otro estilo más retórico).

Alejandro comienza por recordar a sus hombres cuánto deben todos los macedonios a Filipo, que los hizo libres y conquistó para su reino semibárbaro una grandeza sin precedentes, colocándolo a la cabeza del mundo helénico. Luego evoca cómo él mismo ha conducido ese ejército de victoria en victoria hasta dominar un vasto imperio. Y cómo él mismo, al frente de las tropas, peleando siempre en vanguardia, ha sufrido las mismas penalidades de todos ellos y les ha ofrecido inmenso botín. Finalmente les exhorta a mostrarse dignos de las hazañas realizadas, considerando hasta dónde han llegado, dignos émulos de los más grandes héroes de los mitos, yendo incluso más allá, hacia oriente, de lo que avanzaron Heracles y Dioniso. Les pide que, ahora que ya se hallan cerca del límite del mundo oriental, no se desanimen y abandonen sin llegar hasta el Ganges y el océano, para que pueda decirse de ellos, para su vergüenza y bochorno, que, después de tantas marchas, batallas, conquistas y victorias, abandonaron, en los confines de la India, a su magnánimo rey, al que, sin embargo, estaban dispuestos a seguir muchos otros aliados y mercenarios de Asia.

Alejandro reclama, con esa argumentación, la fidelidad de los soldados a su rey, al que deben tantos beneficios. Su padre Filipo y luego Alejandro los han convertido en señores de toda Grecia y del imperio persa, y les han procurado un inmenso botín. Los han convertido de pastores y vagabundos vecinos de los bárbaros en los árbitros de la política griega y conquistadores de Asia. Y les han dado gloria militar y magníficas aventuras. Alejandro había compartido sus esfuerzos y penas siempre a la cabeza de las tropas, atacando el primero y siendo herido por ello en muchas ocasiones. De modo sorprendente es cierto que Alejandro combatía no como un gran estratega que dirige las tropas desde el puesto de mando, a una cierta distancia del

máximo peligro, sino como un héroe épico, como su admirado Aquiles, cabalgando en la vanguardia, desafiando el peligro, y arriesgando así la suerte de todo el ejército.

Pero esta vez los macedonios no se dejaban convencer. La fantástica expedición a la India no estaba justificada por razones claras. Alejandro deseaba llegar al confín oriental de Asia, al océano, para proclamarse señor de todo un continente, que muy difícilmente podría mantener luego como parte de un fabuloso imperio. Algunos historiadores modernos han visto en ese afán aventurero del joven monarca macedonio la expresión de una cierta locura, una ambición desenfadada por ir más allá, hasta el límite oceánico. Según Caratini, el último Alejandro muestra una conducta psicótica: «...*En los últimos tiempos, había perdido el sentido de lo real y su temperamento psicoide prevaleció sobre el del hombre de acción razonable...*» (Caratini, p.443)

No es preciso compartir del todo este dictamen para advertir que, en su furor heroico, el gran conquistador se precipitaba hacia un lejano horizonte que asustaba a su más fieles camaradas de armas. En el horizonte del gran Alejandro ya no mantenía su valor de patria la antigua Macedonia. En el imperio universal en que él soñaba, el centro correspondería, por el momento, a Babilonia, pero el Ganges caía muy lejos incluso de la misma Babilonia. El plante de los veteranos macedonios es muy comprensible. Ellos sí creían en una patria, en la que habían nacido y donde estaban sus raíces, una nación engrandecida por los esfuerzos y logros de Filipo. Y allí querían volver ya. El discurso que Arriano pone en boca de uno de sus generales veteranos, Ceno, que toma la palabra como portavoz de los sublevados, lo dice muy claramente:

«...*Precisamente porque son muchas e importantes las hazañas alcanzadas bajo tu caudillaje y por los que vinieron contigo de Macedonia, por esto, me parece muy conveniente que nos fijemos un límite a nuestros trabajos y peligros. Tú sabes bien cuántos macedonios y griegos partimos contigo, y cuántos somos los que quedamos. Enviaste, con buen criterio, a los tesalios a su patria, porque su espíritu flaqueaba ante el peligro. Del resto de los griegos, a unos los has asentado en las ciudades que has ido fundando, aunque no todos están en ellas contentos; otros, que han participado junto con los macedonios en penalidades y peligros, o bien han muerto en el combate o, inútiles para la guerra, han quedado heridos en diversos puntos de Asia. Mayoría han sido los que murieron víctimas de enfermedades, y de muchos, pocos son los que sobreviven, y aun éstos no tienen ya fuerza en sus cuerpos, y están aún más fatigados de espíritu. En todos ellos hay nostalgia por sus padres (quienes aún los tienen vivos), nostalgia*

por sus mujeres e hijos, nostalgia ya, aún más, por su patria, que anhelan, y es comprensible, volver a ver, acompañados de la riqueza que de ti mismo esperan, hombres importantes a su regreso quienes eran de familia humilde y ricos ahora los que salieron totalmente pobres...».

El cansancio después de tantas marchas y batallas, y sobre todo la nostalgia de la patria lejana llevan a los soldados de Alejandro a exigir la vuelta atrás. Eran, sin duda, hombres muy leales a su jefe, admiraban la audacia y el genio de Alejandro, pero anhelaban volver a la patria y ver a los suyos, tanto como el antiguo Ulises (Itaca) después de muchos años de ausencia.

El impulso a avanzar más allá, conquistar nuevos territorios, someter a otras gentes, y explorar los confines de la inmensa Asia, ese afán de desafiar lo desconocido, el famoso *pothos* heroico de Alejandro, no despertaba ya en ellos unánimes ecos. No eran unos mercenarios desarraigados; habían conseguido ya su botín, por muy largo tiempo habían sufrido las tensiones, temores y esfuerzos de las campañas guerreras, y ahora pedían volver, volver a su tierra. Alejandro los había conducido —en principio con el pretexto de vengar los antiguos ataques de los persas a Grecia— mucho más allá de lo que nunca soñarían. Habían logrado gloria y algunas riquezas, pero la nostalgia de la patria persistía en su ánimo. Alejandro pensaba en ensanchar aún más sus conquistas, fundar un imperio universal, pero sus veteranos no compartían ese fabuloso designio.

Y fue Alejandro quien se dejó vencer, por única vez, por sus viejos camaradas (y eso dice también mucho de su grandeza). No intentó proseguir sin ellos, como podía haberlo intentado con sus miles de mercenarios y sus numerosas tropas de origen asiático. Detuvo el avance hacia el oriente y bajó hacia el sur, por el curso del río Indo, con nuevas luchas y grandes esfuerzos, y luego volvió a occidente. Muchos de los soldados perecieron en la larga marcha de regreso —cruzar el desierto de Gedrosia causó más bajas que muchas batallas— y no sabemos cuántos lograrían reencontrar tras su personal odisea su patria y sus familias.

En todo caso, este episodio merece retener nuestra atención. En la nueva etapa de la guerra, que con la expedición de Alejandro alcanza unas proporciones muy superiores a los conflictos bélicos anteriores de los griegos, es ya la figura del gran caudillo la que determina la empresa bélica. Al príncipe heroico le siguen sus soldados. Los ejércitos, en buena parte compuestos de mercenarios, son profesionales, y cada vez compuestos de gentes más variadas. Gracias a su gran ejército, ese que Filipo supo crear y adiestrar, Macedonia surgió como gran país e impuso una cierta unidad a las ciudades griegas, las polis autónomas que antes peleaban a menudo entre sí, para lanzar a griegos y macedonios a la conquista de un imperio. Pero la nostalgia

de la patria, la tierra de los padres y el hogar familiar, seguía estando, como Itaca para Ulises, arraigada en el corazón de los más curtidos aventureros. Ahora es ya la obediencia al gran jefe militar lo que cohesionan e impulsa a las tropas. Pero el sentimiento patrio sigue siendo una fuerza anímica tan fuerte como la lealtad al jefe, el ansia de botín y el espíritu de aventura.

Los tres episodios que hemos recordado se refieren a tres imágenes diversas de la guerra antigua: el combate heroico, el de los ciudadanos soldados, y el de los conquistadores macedonios difieren en tácticas y consignas, ciertamente. Son guerras que, técnicamente, poco o nada tienen que ver con las de nuestro tiempo. Pero como ejemplos de la manifestación del amor a la patria y los deberes del guerrero, héroe, ciudadano, o súbdito de un gran rey, me ha parecido que guardan un cierto aspecto aún paradigmático y, por ello, y porque perviven en textos famosos de la literatura y la historiografía antigua, valía la pena recordarlos una vez más.

Los tres textos clásicos que comentamos son:

Despedida de Héctor y Andrómaca (Homero, *Iliada*, VI, 390-500).

Discurso fúnebre de Pericles (Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, II, 35-46).

La rebelión de los macedonios al borde del Hífasis (Arriano, *Anábasis de Alejandro*, V, 25-29, y IX, 2. Cf. Estrabón, XV, 1,27; Diodoro, XXVII, 93; Q. Curcio, IX, 2; Plutarco, *Alejandro*, 62, 14).

BIBLIOGRAFÍA

1. Textos citados en las traducciones siguientes:

- HOMERO: *Ilíada*. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1991, traducción de ed. Crespo.
- TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Vol. 1, BCG, Madrid, 1990, traducción de J. J. Torres.
- ARRIANO: *Anábasis de Alejandro Magno*. BCG, Madrid, 1982, 2 vols., traducción de A. Guzmán.

2. Obras de referencia citadas en este ensayo:

- BENGTSON, H.: *Historia de Grecia*. Gredos, Madrid, 1986.
- CARATINI, R.: *Alejandro Magno*. Plaza-Janés, Barcelona, 2000.
- CARRIÉ, J. M.: «El soldado», en GIARDINA, A.: *El hombre romano*. Alianza, Madrid, 1991.
- DROYSEN, J. G.: *Alejandro Magno*. FCE, Madrid, 2001, reedición original alemán de 1883)
- DETIENNE, M.: «La phalange; problemes et controverses», en *Problemes de la guerre en Grece ancienne*, J. P. Vernant (ed.), Points, París, 1999.
- GARCÍA GUAL, C.: «La Grecia antigua», en *Historia de la teoría política*, F. Vallespin (ed.), Alianza, Madrid, 1990.
- GARLAN, Y.: «El militar», en *El hombre griego*, J. P. Vernant (ed.), Alianza, Madrid, 1993.
- GUZMÁN GUERRA, A. y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *Alejandro Magno de la historia al mito*. Alianza, Madrid, 1997.
- HAMMOND, N. G. L.: *Alejandro Magno. Rey, general y estadista*. Alianza, Madrid, 1992.
- HANSON, V. D.: *The Western Way of War, Infantry Battle in Classical Greece*. University Press, Oxford, 1989.
- JAEGER, W.: *Paideia*. México, 1962.
- LATACZ, J.: *Troya y Homero*. Destino, Barcelona, 2003.
- LORAUX, N.: *L'invention d'Athenes. Histoire de l'oration funebre dans la «cité classique»*. Mouton, París, 1981.
- OSBORNE, R.: *La Grecia Clásica*. Crítica, Barcelona, 2002.
- REDFIELD, J. M.: *La tragedia de Héctor. Naturaleza y cultura en La Ilíada*. Destino, Barcelona, 1992.
- SEIBERT, J.: *Alexander der Grosse*. W. B., Darmstadt, 1972.
- VERNANT, J. P.: *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia*. Paidós, Barcelona, 2001.

- VERNANT, J. P. (ed.): *Problemes de la guerre en Grece ancienne*. París, 1968 (cito por la reedición, en libro de bolsillo, París, Points, 1999).
- WEES, H. VAN: «La ciudad en guerra», en OSBORNE, R.: *La Grecia Clásica*, Crítica, Barcelona, 2002.